

EL OJO DEL YO  
AL CUAL NADA LE ESTÁ OCULTO

DAVID R. HAWKINS

EL GRANO D MOSTAZA

**TÍTULO ORIGINAL EN INGLÉS: THE EYE OF THE I: FROM WHICH NOTHING IS HIDDEN.**

**COPYRIGHT © BY DAVID R. HAWKINS. PUBLICADO ORIGINALMENTE EN INGLÉS POR  
VERITAS PUBLISHING, ARIZONA, USA**

**TÍTULO EN CASTELLANO: EL OJO DEL YO**

**AUTOR: DAVID R. HAWKINS**

**TRADUCCIÓN: TONI CUTANDA**

**PORTADA: RAFAEL SORIA**

**PRIMERA EDICIÓN: 2006 EDICIONES OBELISCO, S. L.  
SEGUNDA EDICIÓN: 2016 EDICIONES EL GRANO DE MOSTAZA, S. L.**

**© 2016 PARA LA EDICIÓN ESPAÑOLA  
EDICIONES EL GRANO DE MOSTAZA, S. L.**

**DEPÓSITO LEGAL: DL B 20360-2016**

**ISBN: 978-84-945317-7-4**

**EDICIONES EL GRANO DE MOSTAZA, S. L.  
CARRER DE BALMES 394, PPA. 1  
08022 BARCELONA**

**WWW.ELGRANODEMOSTAZA.COM**

**«CUALQUIER FORMA DE REPRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN, COMUNICACIÓN PÚBLICA O TRANSFORMACIÓN DE ESTA OBRA SOLO PUEDE SER REALIZADA CON LA AUTORIZACIÓN DE SUS TITULARES, SALVO EXCEPCIÓN PREVISTA POR LA LEY. DIRÍJASE A CEDRO (CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPROGRÁFICOS) SI NECESITA FOTOCOPIAR O ESCANEAR ALGÚN FRAGMENTO DE ESTA OBRA <WWW.CONLICENCIA.COM>; 91 702 19 70 / 93 272 04 45».**

El sendero es recto y estrecho,  
no pierdas el tiempo

Gloria in Excelsis Deo.



# DEDICATORIA

Siendo joven, el sufrimiento del hombre, en su forma más absoluta y total, se reveló espontáneamente a través de una comprensión aplastante e ilimitada. Fue una experiencia que me conmocionó y trajo como resultado una dedicación a aliviar el sufrimiento de los seres humanos por todos los medios disponibles —ciencia, filosofía, espiritualidad, neuroquímica, medicina, psicoanálisis, humor, psiquiatría, enseñanza y curación. Sin embargo, el mayor de todos éstos se me dio como un don, y el mero hecho de comprenderlo es capaz de sanar el fundamento mismo del sufrimiento humano.

Gracias a Dios, esto se está compartiendo con el mundo con la esperanza de que se convierta en un catalizador capaz de disolver las fuentes del dolor y el sufrimiento de los seres humanos.

Este trabajo se dedica al servicio del Señor y, por tanto, a toda la humanidad. El don recibido se comparte con gratitud. La inspiración que llevó a escribir todo lo que aquí se expone proviene de la dicha observada en los rostros de todos aquellos que oyeron hablar de estas cosas. Con estos escritos y conversaciones se corresponde al amor que parte de ellos.

# AGRADECIMIENTOS

Gracias a tantos estudiantes espirituales por sus preguntas, tan pertinentes, y por su entusiasmo; y también a:

Lynn Johnson, por la investigación y la preparación de los materiales.

Susan Hawkins, por sus interminables horas de investigación, por su participación crítica y su inspirada intuición.

Doctor Moon Jin Hee, Radha Soami Meditation Center, General KyongSuk Jahng y sus comunidades espirituales, por su conformidad con el propósito de este libro, y al doctor Moon por la traducción al coreano.

Los miembros de la Asamblea Nacional de la República de Corea, por su hospitalidad y generosidad de espíritu.

Sonia Martin, por su diligencia para preparar y editar el manuscrito.

# ADVERTENCIA

Se advierte al religioso tradicional o tímido espiritual que el material que se presenta aquí puede resultarle turbador, por lo que hará bien en evitarlo.

Estas enseñanzas se ofrecen al estudiante espiritual comprometido que está buscando a Dios como Iluminación.

El sendero que lleva a la Iluminación a través de la verdad radical exige y requiere la renuncia al propio sistema de creencias. Sólo entonces puede revelarse la realidad última, en la búsqueda del Yo del Supremo.

El material de este libro se presenta desde la perspectiva del Ojo del Yo.





# INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia, muchas personas se han interesado por los estados de consciencia de la Iluminación, y los informes sobre estos estados han tenido un profundo impacto tanto en las personas como en la sociedad. La rareza estadística de su aparición estimula la curiosidad y subraya el valor de tales informaciones. Aunque se dispone ya de abundante literatura espiritual en todos los idiomas donde se describen tales estados, muchos de estos informes están poco detallados o son incompletos. En algunos casos, se dan errores de traducción, y hay también muchos errores de transmisión a lo largo de generaciones hasta que adoptan finalmente la forma escrita. De ahí que haya informes con errores que han disminuido el nivel de veracidad del original, tal como lo transmitió el maestro iluminado.

Por tanto, puede ser sumamente valioso articular nuevamente, con un lenguaje actual, una declaración de la evolución de la consciencia para alumnos avanzados. Además, muchos tratados espirituales carecen de explicaciones sobre detalles sutiles que son de enorme importancia para el buscador avanzado. El propósito de *El Ojo del Yo* es transmitir una información que pueda ser verificada y cuyo nivel de verdad pueda ser calibrado con el fin de proporcionar, por vez primera, un cuerpo de información útil capaz de soportar las pruebas de certidumbre. Hasta ahora, los alumnos espirituales dependían de la fe, de las creencias o de las habladurías, así como de la reputación y del renombre del maestro espiritual.

La queja del indeciso estribaba en que la verificación de la verdad era el ingrediente que le faltaba. El gran «bloqueo de la duda» tenía que ser vencido. Al igual que en *El poder frente a la fuerza*, se ha calibrado y se puede verificar la veracidad de cada página, párrafo, oración y afirmación de este libro. Dudar es educarse, y el propósito de lo escrito en esta obra es compartir de la forma más completa lo que se ha experimentado.

*El poder frente a la fuerza* terminaba con un Gloria in Excelsis Deo. Este libro comienza con esa misma afirmación, en referencia a lo que es la experiencia espiritual definitiva y final. De hecho, no es en modo alguno una experiencia, sino un estado eterno. En el mismo estado radica su propia autoridad. Habla por sí mismo; se presenta por sí mismo como una actualidad. No hay quien hable. La verdad se revela por sí misma. Se sostiene por sí misma y es completa, total y profundamente obvia en cuanto se presenta.

## SECCIÓN I

# LA PRESENCIA DE DIOS

Un relato de la Iluminación en tiempos recientes:  
su comienzo repentino, la sustitución de la consciencia  
ordinaria por una Conciencia Infinita,  
y la transformación del yo en el Yo por  
la Gracia de la Divina Presencia.



## CAPÍTULO 1

# PRÓLOGO

**A**ños de luchas y sufrimientos internos, y de un esfuerzo espiritual aparentemente inútil culminaron con el tiempo en un estado de negra desesperación. Ni siquiera una retirada hacia el ateísmo pudo traer alivio a la incesante búsqueda. Razón e intelecto eran demasiado frágiles para la formidable tarea de hallar la verdad última. Hasta la mente se había encaminado hacia una derrota final, agonizante y aplastante. Hasta la voluntad se había quedado inmóvil. Entonces, una voz interior gritó: «Si es que existe un Dios, a Él le pido ayuda».

Después, todo cesó y desapareció en el olvido. La mente y toda sensación de un yo personal desaparecieron. Durante un instante abrumador, todo aquello fue sustituido por una omniabarcante conciencia, una conciencia radiante, completa, total, silenciosa y serena, como la esencia prometida de «Todo lo que es». El exquisito esplendor, la belleza y la paz de la Divinidad brillaron con intensidad. Era algo autónomo, final, intemporal, perfecto, el Yo de lo manifestado y lo no manifestado, la Divinidad Suprema, y así permaneció...

### ***La Presencia***

Un profundo silencio lo impregna todo alrededor, y el movimiento se ralentiza y se serena. Todo irradia una intensa vitalidad. Todas y cada una de las cosas son conscientes de todas y cada una de las demás.

La cualidad luminosa de la radiación es abrumadoramente Divina en su naturaleza. Lo abarca absolutamente todo en su total Unidad, de manera que todas las cosas están interconectadas, en comunicación y armonía, a través de la conciencia y por el hecho de compartir la cualidad básica de la esencia de la misma existencia. La Presencia es un continuo que ocupa por completo lo que previamente, para la percepción ordinaria, parecía un espacio vacío. Esa Conciencia interior no es diferente del Yo, pues impregna la esencia de todo. La Conciencia es consciente de su propia conciencia y omnipresencia. La existencia y su expresión, tanto en su forma como en su informalidad, es Dios, e impera igualmente en todos los objetos, personas, plantas y animales. Todo se halla unido por la divinidad de la existencia.

Esa Esencia penetrante lo incluye todo sin excepción. Los muebles de la habitación son iguales a las rocas o a las plantas en su importancia o trascendencia. Nada queda fuera de la Totalidad omniabarcante, total, completa, que no carece de nada. Todo es de igual valor, porque el único valor real es la divinidad de la existencia.

Eso que es el Yo es total y completo, y está igualmente presente en todas partes. No existen necesidades, deseos o carencias. Ninguna imperfección ni discordia es posible, y todo objeto parece una obra de arte, una escultura de belleza y armonía perfectas. La Sacralidad de toda la Creación es la reverencia que todas y cada una de las cosas muestran por todas y cada una de las demás. Todo se halla imbuido de un gran esplendor, y todo guarda silencio en su sobrecogimiento y reverencia. La Revelación infunde una serenidad y una Paz infinitas.

Al contemplar el cuerpo, éste se revela igual a todo lo demás: sin pertenecer ni ser poseído por persona alguna, igual a los muebles u otros objetos, y simplemente una parte más de «Todo lo que es». No existe ninguna sensación personal acerca del cuerpo, y no hay identificación alguna con él. Se mueve espontáneamente, ejecuta correctamente sus funciones corporales y camina y respira sin esfuerzo. Está autopropulsado y sus acciones vienen determinadas y activadas por la Presencia. El cuerpo es simplemente un «eso», igual a cualquier otra cosa en la habitación.

Si otras personas le interpelan, la voz del cuerpo responde adecuadamente, pero lo que se oye en la conversación resuena en un nivel de significado superior. En cada frase se revela un significado más

profundo, más hondo. Toda comunicación se comprende ahora en un nivel más profundo, casi como si hasta la pregunta más sencilla fuera en realidad una pregunta existencial y una declaración acerca de la humanidad en sí. En la superficie, las palabras suenan superficiales; pero en el nivel más profundo, tienen penetrantes implicaciones espirituales.

Esas respuestas adecuadas las está dando el cuerpo, al cual todos dan por hecho que es el «yo» al que le están hablando. Esto, en sí, es extraño, porque no hay ningún «yo» real asociado en modo alguno a este cuerpo. El verdadero Yo es invisible y no tiene ubicación. El cuerpo habla y responde a las preguntas simultáneamente en formas paralelas, en dos niveles al mismo tiempo.

Serenada por el Silencio de la Presencia, la mente se encuentra en silencio, sin palabras. No hay imágenes, ni conceptos, ni pensamientos. No hay nadie que los piense. Al no haber nadie presente, no hay quien piense ni quien actúe. Todo sucede por sí mismo, como un aspecto más de la Presencia.

En los estados de consciencia ordinarios, el sonido se impone sobre el fondo del silencio y lo reemplaza. En cambio, en la Presencia, sucede lo contrario. Aunque el sonido es perceptible, se encuentra en el fondo. El Silencio se impone de tal modo que no se ve interrumpido ni desplazado por el sonido. Nada trastorna su serenidad ni interfiere en su paz. Aunque tienen lugar movimientos, éstos no son capaces de alterar la inmóvil serenidad que hay más allá del movimiento. Todo parece moverse como a cámara lenta, debido a que el tiempo está ausente. No hay más que un estado constante de Ahora. No hay acontecimientos ni sucesos porque todo comienza y termina, todo empieza y acaba; los acontecimientos sólo tienen lugar en la consciencia dualista de un observador. En ausencia de ésta, no hay sucesión de acontecimientos que puedan ser descritos o explicados.

En lugar de un pensar, hay un conocer autorrevelado que imparte un entendimiento completo, que se explica por sí mismo a través de su refulgente esencia. Es como si todo hablara silenciosamente y se presentara en su totalidad en la absoluta belleza de su perfección, manifestando de este modo su gloria y revelando su Divinidad intrínseca.

La sufusión de la Presencia a través de la totalidad y de la esencia de todo cuanto existe es exquisita en su suavidad, y su tacto es como

de algo que se derrite. El Yo interior es su verdadero núcleo. En el mundo ordinario, sólo se puede tocar la superficie de las cosas; pero, en la Presencia, la esencia más profunda de cualquier cosa se halla entremezclada con la de todas las demás cosas. Este tacto, que es la Mano de Dios en su tierna suavidad, es al mismo tiempo una expresión y la morada del poder infinito. En su contacto con la esencia interior de todo, uno es consciente de que la Presencia está siendo sentida por todas las demás cosas, objetos o personas.

El poder de su suavidad es ilimitado, y dado que es total y omnipresente, es imposible oposición alguna. Impregna «Todo lo que es», y de su poder surge la propia existencia, que es al mismo tiempo creada y sustentada por el poder. Este poder es una cualidad intrínseca de la Presencia, y su presencia es la esencia de la propia existencia. Está presente en todos los objetos. En ningún lugar hay vacuidad, dado que la Presencia llena tanto el espacio como el interior de los objetos. Cada hoja sabe cómo está siendo experimentada por todo lo demás y comparte el gozo de la divina Presencia.

Todo se halla en un estado de silencioso regocijo, por cuanto su consciencia es una experiencia de la Divinidad. Una peculiaridad de todo cuanto existe es la de una serena gratitud, siempre presente, por habersele concedido el don de experimentar la presencia de Dios. Esta gratitud es la forma en la cual se expresa la adoración. Todo lo que es creado y tiene existencia comparte el reflejo de la gloria de Dios.

La apariencia humana ha asumido un aura totalmente nueva. El Yo Uno resplandece en los ojos de todos. Todos los rostros irradian y todos son igualmente hermosos.

Lo más difícil de describir es la interacción entre las personas, que se mueve en un nivel diferente de comunicación. Existe un amor obvio entre todos. Sin embargo, sus palabras cambian de tal manera que toda conversación se convierte en algo amoroso y pacífico. El significado de las palabras que se escuchan no es el mismo que el que encuentran los demás al escucharlas. Es como si hubiera dos niveles de consciencia distintos en funcionamiento, apareciendo en el mismo escenario de forma y movimiento; dos guiones diferentes se están pronunciando a través de las mismas palabras.

Los yoes superiores de las personas implicadas transforman, en un plano diferente, los significados de las palabras en sí mismas, y la



comunicación de comprensión se encuentra en un plano superior. Al mismo tiempo, es evidente que los yoes inferiores de las personas no son conscientes de la comunicación que, simultáneamente, está teniendo lugar entre sus yoes superiores. Las personas están como hipnotizadas, al creer en la realidad de sus yoes ordinarios, que no son más que una exteriorización inadvertida e inconsciente de escenarios o papeles, como en una película.

Al ignorar a los yoes inferiores, los yoes superiores se comunican entre sí directamente, y los yoes ordinarios de las personas parecen no ser conscientes de ese nivel superior de conversación que está teniendo lugar. Al mismo tiempo, las personas sienten intuitivamente que algo diferente a lo habitual está sucediendo. La presencia consciente del Yo crea un campo de energía que resulta sumamente agradable a las personas. Este campo de energía lleva a cabo lo milagroso y trae armonía a los acontecimientos, junto con cierta sensación de paz a todos los que lo experimentan.

Las personas que vienen, tras recorrer muchos kilómetros en busca de respuestas a sus preguntas, descubren de repente, en presencia de esa aura, las respuestas que buscan, que les llegan a través de una comprensión interna que hace irrelevantes las preguntas originales. Esto sucede porque la Presencia recontextualiza la ilusión de un «problema», haciendo así que desaparezca.

El cuerpo proseguía con sus operaciones y reflejaba las intenciones transmitidas a través de la consciencia. La continuidad del cuerpo no revestía gran interés, y era evidente que el cuerpo realmente no es más que una propiedad del universo. Los cuerpos y los objetos del mundo reflejan variaciones interminables y no muestran imperfección alguna. Nada es mejor ni peor que ninguna otra cosa, ni es de un valor o una importancia diferente. La cualidad de la perfecta identidad propia define el valor intrínseco de todo cuanto existe como expresiones iguales de divinidad innata. En la Realidad no existen las relaciones, en la medida en que la «relación» es un concepto de observación mental dualista. Todo «Es» meramente, y exhibe la esencia de la existencia.

De forma similar, sin la interposición de un observador activo, con su innata categorización de pensamientos, no puede haber cambios ni movimientos que explicar. Cada «cosa» evoluciona simplemente como una expresión de su esencia divina. De ahí que la evolución ten-

ga lugar como una manifestación de la consciencia, y tome expresión desde niveles abstractos superiores de energía hasta formas inferiores más concretas y, por último, materialidad física. Así, la creación se manifiesta desde una informalidad abstracta, a través de formas progresivas, hasta un patrón de energía final, que da lugar a la materialidad concreta. El poder para manifestarse es la expresión de la divina omnipotencia como creación continua.

La Creación es el Presente y el Ahora. Este Ahora es continuo, de modo que no son posibles principios ni finales. La visibilidad, o la materialidad en sí, no son más que fenómenos sensoriales y no una condición necesaria para la existencia, la cual, en sí misma, carece de forma y, sin embargo, es intrínseca a toda forma.

Dado que todo está siempre en proceso de creación, todo es una expresión de la Divinidad, o de lo contrario no tendría la capacidad de existir en modo alguno. El darse cuenta de que todo lo que existe refleja a la Divinidad de la Creación es el motivo por el cual merece respeto y reverencia. Y esto justifica la reverencia ante el espíritu que hay dentro de todos los seres vivos y de la naturaleza, que es característica de muchas culturas.

Todos los seres que sienten son iguales. Sólo la manifestación material está sujeta al cese; la esencia no se ve afectada, y conserva la potencialidad de reaparecer en forma material. La esencia sólo se ve afectada por las propias fuerzas de la evolución. La aparición de la forma material a partir de la esencia viene determinada por la presencia de lo que ya está en forma. El contenido de la manifestación material puede facilitar la manifestación de la esencia como forma, o puede no serle favorable, dependiendo de las circunstancias. Se podría decir que la Creación satisface sus propias instrucciones o tendencias internas, divinas. Tradicionalmente, se le ha dado en llamar destino, que es el despliegue de la potencialidad y el reflejo de las circunstancias preexistentes (las clásicas «gunas» sánscritas de rajas, satva y tamas, o acción, conciencia y resistencia). Así, el hombre puede influir en las circunstancias con el fin de potenciar la manifestación de las eventualidades deseadas. Mediante su capacidad de decisión, la consciencia humana puede influir en los resultados, pero el poder de la creación es competencia de Dios.

La naturaleza de la creación, que está más allá del tiempo, del espacio y de la causalidad, se revela por sí misma y se presenta a la consciencia de la Conciencia como un don de la Presencia. Todas las cosas son intrínsecamente sagradas en la divinidad de su creación. Cuando el sentido crítico y la discriminación de la percepción dualista se dejan a un lado, se revela la perfección y la belleza absoluta de todo.

El arte intenta abstraer esta conciencia cuando toma un instante en el tiempo y lo congela en la escultura o la fotografía. Cada fotograma representa la perfección, que sólo se puede apreciar cuando se aísla una visión única de la distorsión de la historia superpuesta. El drama de cada instante de la existencia se presta a ser preservado cuando el arte lo salva de la extinción de la transformación de la forma material que llamamos historia. La inocencia intrínseca de cualquier instante dado se manifiesta cuando se saca a ese instante del contexto proyectado sobre una secuencia de instantes seleccionados que, posteriormente, se convierten en una «historia». En el momento que la mente dualista los convierte en una historia, se les aplican los términos de «bueno» o «malo». Si quitamos el enjuiciamiento humano de la observación, todo lo que se puede ver es que la forma está en constante evolución, en constante «cambio», que no es intrínsecamente deseable o indeseable. Todo manifiesta su potencialidad inherente en la medida en que está determinado por su esencia y por las circunstancias imperantes. El esplendor de todas las cosas se halla en su mera existencia, en el hecho de manifestar la gloria de la creación de Dios como existencia en sí. Por virtud del mero «ser», todas y cada una de las cosas que sienten y que no sienten en su existencia cumplen con la voluntad de Dios. Es debido a la intención divina que lo no manifiesto se hace manifiesto; y la creación es el proceso que nosotros presenciarnos.

Debido a que la naturaleza de la Creación no es evidente para la consciencia ordinaria, la mente manufactura enigmas sin respuesta, por ejemplo, ¿cómo puede un Dios «bueno» permitir tanto «mal»? Más allá de la percepción dualista y de las categorías arbitrarias de la manifestación, no hay nada bueno ni malo que explicar, y se puede ver que el universo es, en sí mismo, inofensivo. La mente humana construye sus escenarios de objetivos y deseos, y los acontecimientos pueden

coincidir con ellos o no. Tanto la tragedia como la victoria tienen lugar sólo dentro de las limitaciones de la mente dualista y no son independientes de la realidad. Todo lo que hay en este mundo parece surgir y luego disolverse dentro de las limitaciones de la percepción. Pero, en la medida en que la Realidad está más allá del tiempo, el espacio y la forma, es irrelevante si una «cosa» o una «persona» existen durante una décima de segundo o durante miles de años. Así, el empeño por vivir unos cuantos años más o incluso unos pocos instantes más se antoja una ilusión vacía, porque la existencia no se experimenta en modo alguno dentro del tiempo. Este instante es la única realidad que se está experimentando; todo lo demás es una abstracción y una construcción mental. Por lo tanto, uno no vive en absoluto setenta años; sólo este mismo instante fugaz es posible.

En la realidad de la no dualidad, todo está completo, y el deseo se sustituye por la gratitud. A medida que la vida evoluciona, todo ser vivo es la expresión total de su potencialidad en cualquier momento dado. La motivación desaparece como tal, y la acción tiene lugar como una fase en el proceso de actualización de la potencialidad. Por tanto, no hay actor detrás de la acción. Lo que hay es una sensación de totalidad y de completa satisfacción en cada instante. El disfrute de las necesidades físicas es el producto de la propia acción. El apetito de comer, por ejemplo, surge del acto de comer, sin deseo previo alguno por el siguiente bocado; si se deja de comer debido a una interrupción, no existe sentimiento de pérdida. La alegría de vivir tiene su origen en la propia existencia en cualquier momento dado, y la conciencia de totalidad continua es un aspecto de la alegría de la existencia.

La totalidad de la Unidad del Todo no se puede «experimentar». Más bien, se conoce por virtud de serlo. El «yo» del Yo es el Ojo de Dios presenciando el despliegue de la Creación como un Ahora. La secuencia es una ilusión creada por la percepción del «yo» del ego, que es el punto de observación del proceso que va de lo no local a lo local, de lo no lineal a lo lineal, de la Totalidad al «esto». La percepción es el ojo del ego que, en la medida en que traduce el inaprensible Infinito en un finito experimentable, genera la percepción del tiempo, el espacio, la duración, la dimensión, la posición, la forma, la limitación y la singularidad.

## CAPÍTULO 2

# EL REGRESO A LA VIDA TERRESTRE

**E**l mundo de la percepción había sido reemplazado. La identidad había pasado de ser un sujeto limitado (un «yo» personal) a un contexto ilimitado.

Todo se había transformado y revelaba belleza, perfección, amor e inocencia. Todos los rostros brillaban con el resplandor de la belleza interior. Todas las plantas se manifestaban como una forma artística. Todo objeto era una escultura perfecta.

Todo existe sin esfuerzo en su propio lugar, y todo está secuenciado en la sincronidad. Lo milagroso no tiene interrupción. Los detalles de la vida se acomodan misteriosamente, espontáneamente. La energía de la Presencia consigue sin esfuerzo lo aparentemente imposible y genera fenómenos que el mundo ordinario consideraría milagrosos.

A lo largo de un período de varios años, tuvieron lugar de forma regular y espontánea lo que se denomina normalmente como fenómenos psíquicos. Fenómenos como la clarividencia, la visión a distancia (la capacidad de ver lo que está por delante), la telepatía y la psicometría eran del todo comunes. Había un conocimiento automático de lo que las personas pensaban y sentían antes de que hablaran.

El amor divino prevalecía como un poder organizador y era el estadio omnipresente sobre el cual tenían lugar todos los fenómenos.

## ***El cuerpo físico***

Una energía sumamente poderosa ascendía por la espina dorsal y la espalda y se concentraba en el cerebro en función de dónde se ponía la atención. Luego, la energía pasaba por la cara y descendía hasta la región del corazón. Esta energía era exquisita y, a veces, fluía hacia el mundo exterior, allá donde había seres humanos afligidos.

Una vez, mientras conducía por una lejana autopista, la energía empezó a derramarse desde el corazón y se extendió por la siguiente curva de la autopista. De allí, la energía se derramó sobre el lugar en el que terminaba de acaecer un accidente. La energía tuvo un efecto curativo sobre todos los que allí estaban. Después de un rato, la energía pareció haber cumplido su propósito y, súbitamente, se detuvo. No muchos kilómetros después, en la misma autopista, empezó a repetirse lo mismo. De nuevo, una energía deliciosa y exquisita se derramó desde la región del corazón y se extendió por la carretera alrededor de kilómetro y medio hasta llegar a otra curva. Allí acababa de ocurrir otro accidente. De hecho, las ruedas del automóvil aún estaban girando. La energía se estaba derramando entre los pasajeros del vehículo. Era como si se les estuviera transmitiendo una energía angélica a las angustiadas personas, que estaban rezando.

En otra ocasión, la presencia curativa tuvo lugar mientras paseaba por las calles de Chicago. Esta vez, la energía se derramó entre un grupo de muchachos jóvenes que estaban a punto de pelearse. Cuando la energía los envolvió, fueron retirándose poco a poco, relajándose, y se pusieron a reír. Poco después se separaban, punto en el cual el flujo de energía se detuvo.

El aura energética que emanaba de la Presencia tenía una capacidad infinita. La gente quería sentarse en sus inmediaciones porque, en aquel campo de energía, entraban automáticamente en un estado de dicha o en un estado superior de consciencia, y sentían el amor divino, la dicha y la curación. En él, las personas que estaban alteradas se calmaban y recuperaban el bienestar.

El cuerpo que anteriormente yo consideraba como «mío», se cura ahora de diversas dolencias. Sorprendentemente, ahora veía bien sin llevar gafas. Aquella visión mermada había hecho preciso el uso de lentes trifocales desde los doce años. La capacidad de ver bien sin

gafas, incluso a distancia, llegó de repente, sin advertencia previa, y fue una sorpresa agradable. Cuando sucedió, se hizo evidente que las facultades sensoriales estaban en función de la consciencia en sí, y no del cuerpo. Después, vino el recuerdo de la experiencia de estar «fuera del cuerpo», durante la cual se hizo patente que la capacidad para ver y escuchar iba con el cuerpo «etérico» y no estaba conectada en modo alguno con el cuerpo físico, que se encontraba a cierta distancia, en otro lugar.

Parecía que las enfermedades físicas eran ciertamente el resultado de un sistema de creencias negativo, y que el cuerpo podía cambiar literalmente como consecuencia del cambio en el patrón de creencias. Uno sólo está realmente sujeto a lo que sustenta en su mente. (Un hecho bastante conocido es el de que muchas personas se han recuperado casi de cualquier enfermedad conocida siguiendo un sendero espiritual.)

Las propiedades aparentemente milagrosas y la capacidad de la energía divina y los fenómenos que generaba eran intrínsecos a ese campo de energía y en modo alguno eran personales. Sucedían espontáneamente, y parecían hacerlo con ocasión de alguna necesidad en algún lugar del mundo.

También resultaba interesante ver que muchas personas normales que presenciaban estos fenómenos optaban por negarlos y por desestimar totalmente lo que habían presenciado, como si aquello estuviera tan completamente fuera del sistema perceptivo del ego y de sus creencias de lo que era posible o no. Si se les preguntaba acerca de los fenómenos, las personas elaboraban rápidamente algún tipo de racionalización, de una forma parecida a los pacientes que han estado hipnotizados y se fabrican una respuesta plausible cuando se les pide que expliquen un comportamiento posthipnótico. En cambio, las personas que estaban bastante evolucionadas espiritualmente aceptaban la ocurrencia de fenómenos milagrosos sin hacer ningún comentario, como si fuera una parte natural de sus vidas.

Tras la transformación principal de la consciencia, la Presencia determina todas las acciones y los acontecimientos. Se establece una alteración permanente de la consciencia, una alteración que está presente constantemente en la quietud y el silencio, aun cuando el cuerpo hable o se mueva en el mundo. Con los años, y con esfuerzo,

se desarrolla la capacidad para concentrarse en distintos niveles de verdad, tal como se requiere eventualmente para poder funcionar en el mundo. Si se permite esto, la Paz silenciosa embarga por completo y sumerge en un estado de una dicha serena e infinita. Al retirarse el interés por el mundo exterior y por las funciones ordinarias de la percepción, ese estado de dicha infinita prevalece, pero se puede reducir a través de una concentración intensa en el mundo ordinario. El Yo está más allá del tiempo y de la forma y, dentro de él, la consciencia ordinaria es potencialmente capaz de funcionar simultáneamente de un modo mundano.

Era difícil considerar el mundo de la percepción ordinaria como algo real, y era difícil por tanto tomárselo en serio. Esto llevaba a una especie de capacidad permanente para ver el mundo con humor. La vida ordinaria parecía una comedia interminable, hasta el punto de que la misma seriedad resultaba cómica. Hubo que sofocar las expresiones de humor, pues había personas incapaces de aceptarlas debido a que se hallaban profundamente implicadas en el mundo perceptivo de la negatividad.

La mayoría de la gente parece tener intereses creados en la negatividad de su mundo perceptivo, y se resisten a dejarla en favor de una conciencia de nivel superior. Hay gente que parece obtener una gran satisfacción en su ira, en su resentimiento, en sus remordimientos y en su interminable compasión por sí misma, de modo que se resisten activamente a entrar en esos niveles de comprensión, de perdón o de compasión. La negatividad parece tener suficientes ventajas como para perpetuar formas de pensamiento que son obviamente ilógicas y autocomplacientes, del mismo modo que los políticos distorsionan la verdad con el fin de obtener votos, o que los que persiguen a los criminales eliminan evidencias de la inocencia del acusado con el fin de obtener una condena.

Cuando se renuncia a estas «ventajas» negativas, el mundo se convierte en la interminable presencia de una belleza y una perfección intensas, y el amor domina toda la vida. Todo es luminoso, y la dicha de su esencia divina se irradia al exterior a través de su omnipresente informalidad, que viene expresada en el mundo perceptivo como forma. Ya no es necesario «saber» nada, porque no hace falta saber nada cuando uno es en realidad todo cuanto existe. La mente, en su



estado ordinario, conoce meramente esto o aquello. Pero eso ya no hace falta cuando uno es todo lo que se puede ser. La Identidad, que sustituyó a la antigua sensación de «yo», no tiene partes ni divisiones. Nada queda fuera de su Totalidad, y el yo se ha convertido en la esencia, no diferente de la esencia de todo. En la no dualidad, no hay conocedor ni conocido, porque ambos se han convertido en una y misma cosa. Nada está incompleto. La omnisciencia es la propia totalidad. No existe deseo por el próximo segundo de experimentación que impulsa a la mente ordinaria, que de instante en instante se siente siempre incompleta.

El sentido de totalidad prevalece con los sentidos físicos. El deseo y la anticipación desaparecen y surge el placer de la actividad en sí. Dado que se ha detenido la experiencia del tiempo, no hay experiencia alguna de sucesión de acontecimientos que haya que anticipar o lamentar. Cada instante es completo y total en sí mismo. El estado de aseidad sustituye a toda sensación de pasado, presente o futuro de tal manera que no hay nada que anticipar o que intentar controlar. Esto forma parte de ese profundo estado de paz y serenidad. Toda necesidad y todo deseo se detienen con el cese de cualquier sensación de tiempo. La Presencia, con su infinita serenidad, ha desplazado toda actividad mental y emocional. El cuerpo se autoperpetúa, se convierte en no más que otra propiedad de la naturaleza que funciona en respuesta al flujo de las circunstancias. Nada se mueve o actúa independientemente del universo total. En una concordancia absoluta, todo vive, se mueve y tiene su existencia en la más absoluta perfección, belleza y armonía del «Todo lo que es».

La motivación, como fundamento de toda acción, ha desaparecido. Los fenómenos de la vida son ahora de una dimensión diferente, y se observan como si uno estuviera en un reino diferente. Todo sucede por sí mismo en ese estado de serenidad y silencio interior, activado por el amor, que se expresa a través del universo y de todo lo que hay en él. La belleza de la vida resplandece como un gozo y una felicidad infinitos, una paz infinita y más allá de toda emoción. La paz de Dios es tan completa y total que no queda nada que se pueda desear o querer. Incluso ha cesado la «experienciación». En la dualidad, está el experimentador y, por otra parte, lo que se experimenta. En la no dualidad, esto se convierte en «Todo lo que es», de tal modo que no